

II Simposio Internacional de Literatura Pablo Palacio

PONENCIA

TÍTULO: Ala y raíz en Dulce María Loynaz

AUTORA: PhD. Ana Delia Barrera Jimenez.

INSTITUCIÓN: Universidad Nacional de Educación. Ecuador.

E-mail: abarrerahh@gmail.com

A modo de introducción

Aludir a la obra de la poetisa cubana Dulce María Loynaz significa acercarse a una de las realidades donde la lengua castellana ha encontrado cobija de altos kilates. Quien haya seguido con atención su obra durante años, no puede negar el encanto que repetidamente esta ejerce sobre el lector y es porque dicha obra sigue siendo una inacabada ceremonia, en la que se combinan espejos y sueños, simetrías y oposiciones, desdoblamientos, reflejos y paralelismos, que siempre comparten la estructura de una indagación.

Puede que la relectura de sus textos implique una variación en la interpretación, pero y esto es lo esencial, refuerza el criterio de que el oficio de esta mujer en el manejo de la lengua no admite dudas y que su actitud frente a la escritura es reflejo de un pensamiento analítico e inteligente que no permite alejamientos y sí obliga a participar en la construcción de los significados.

Generacionalmente, Dulce María Loynaz queda colocada junto a Ballagas, Brull y Florit como una voz aislada, catalogada por Max Henríquez Ureña como poeta intimista, tanto como lo fueron sus hermanos Enrique, Flor y Carlos Manuel, criterio que no puede ser absoluto pues en ella se produce una evolución que acusa un cambio enmarcado por un personal estilo poético. Ella ha sido una voz sui géneris dentro de la poesía cubana. Tampoco podemos hablar aquí de poesía pura, entendida esta como perfección formal, puesto que aborda siempre temas esenciales y perennes del hombre, lo que le otorga a su obra un carácter profundamente humano.

El intimismo es entonces, un elemento más dentro de un amplio espectro de realidades que Dulce María asume en sus complejidades y contradicciones. Su poesía resulta tan matizada y contrastante como su propia vida, la que se mueve entre genealogías mambisas y salones aristocráticos, hastío y vitalidad, conservadurismo y ruptura, materialidad y espiritualidad, enquistamiento y dinamismo, concreción e imaginación.

Como ya se apuntaba, su obra es raigalmente humana y esto explica la coincidencia en ella de dos aspectos aparentemente excluyentes: espíritu y razón. Esta asociación proporciona a sus versos un matiz único dentro de las poetisas hispanoamericanas, por la propiedad de transformar lo individual y fenoménico en esencial y universal. Es pues la suya, una poesía viva que transforma al que la lee, que mueve a la reflexión y llega al sentimiento y si agregamos el afán de comunicación sin concesiones facilistas, podemos afirmar que es esencialmente moderna, en la que los símbolos tienen una fuerza de volcán que llega hasta cortar la respiración del lector.

A propósito de la profunda connotación de sus símbolos, logrados desde el uso perfecto de los recursos lingüísticos que satisfacen su intención y finalidad comunicativas, en esta ocasión el énfasis como objetivo de la ponencia que se presenta, redundará en el binomio “alas y raíz”, mediante el cual la poetisa pone al descubierto la inmensa gamma de conflictos que le son inherentes no solo a ella, sino a cualquier ser humano.

Desarrollo

Múltiples motivos aparecen en la poesía de la Loynaz: luna, mar, soledad, muerte, luz, estrellas, espuma, nubes, rosas, alas y raíz, que se entiende como inmanencia y pertenencia a la tierra. Sin embargo y, a la vez, estos motivos se convierten en símbolos fuertes, mediante los cuales la autora transmite sus antítesis vitales, que se complementan con paralelismos aparentemente antitéticos y muchas veces son despojados de la carga de significado con que los había dotado la lírica precedente y se convierten en portadores de diferentes cargas semánticas que los hacen ciertos y reconocibles.

El paralelismo antitético, preferido por la poesía oriental (Tagore, Kayyam), lo vamos a encontrar de manera recurrente en toda su obra y uno de los más explícitos es el de la contraposición alas-raíz, binomio paradójico pero por ello, absurdo solo en apariencia. Las alas simbolizan lo elevado, lo que huye, la evasión, lo no realizado, lo incierto y la raíz, por oposición, la tierra, lo que es firme, el apoyo, lo cierto, la realidad. Dulce María los conjuga de forma tal, que transmiten la ambivalencia de su propia personalidad:

*“Tú tienes alas y yo no: con tus alas de mariposa juegas en el aire,
Mientras yo aprendo las tristezas de todos los caminos de la tierra”.*

(Poema XIII. Poemas sin nombre)

Como puede apreciarse en el ejemplo anterior, la poetisa utilizó una acción paralela (movimiento en el aire y en la tierra) que a su vez, resulta una antítesis (felicidad-tristeza), ideas contrapuestas en dos medios diferentes (aire-caminos). En ambos casos, alas y raíz se complementan en la mujer aparente y la que dentro de sí misma asiste a la defensa de sus sueños.

No es Dulce María poetisa ausente de todas las realidades, aunque por momentos pueda parecerlo; por el contrario, casi siempre se nutre de ellas, tiene la certeza de la perdurabilidad como fruto de fatigas, la conciencia del entramado oculto de lo bello:

*“Grato es el aire, grata la luz; pero no se puede ser
todo flor..., y el que no ponga el alma de raíz,
se seca”.*

(Poema III. Poemas sin nombre)

Raíz y flor con elementos antitéticos; mas, no excluyentes, como se aprecia en el poema XXIII, donde suelo y estrellas son contrarios que compendian la dialéctica de la vida: materia y espíritu, cuerpo y alma, cielo y tierra, pero el hombre, siempre unido a la tierra:

“Los ojos miran las azules estrellas; los pies, humildemente junto al suelo, sostienen un pedestal a los ojos que miran las azules estrellas”.

(Poema XXIII. Poemas sin nombre)

Su reiterado por otra parte, deseo de alas, tiene su punto de partida en la Lección vigésima, “Desmodus Rufus” (murciélago común), de su libro Bestiarium:

*“Tú sabes los caminos de la noche
y en tu menudo cuerpo
cabén dos glorias que jamás se unen
en otro ser: alas y pecho”.*

En este y en sus poemas posteriores, le envidiará al murciélago la aptitud de andar los caminos del hombre (capacidad de sentir) y los caminos del ave (capacidad de elevarse). Dulce María que tiene pecho, siente la necesidad de alas, pero sabe también que es demasiado premio para ella y de esa certeza nace su poesía agonística. Muy lejana de todo dogmatismo, le atribuye a un mismo elemento diversas y contradictorias propiedades que lejos de encerrarlo dentro de un significado simbólico único, le proporcionan riqueza vital y en esta cuerda, la tierra (raíz), no escapa a esta polisemia; es atadura incortable:

“Y solo el hombre ha de marchar pegado a sus caminos poco menos que el gusano a los suyos, impedido de alzar el pie sin dejar el otro en tierra, sujeto por la tierra, halado por la tierra bajo la inútil siega de luceros”.

(Poema LXXIX. Poemas sin nombre)

Sin embargo, sabe que el mucho volar cansa las alas:

“Hay en ti la fatiga de un ala mucho tiempo tensa”.

(Poema XV. Poemas sin nombre)

Tal vez porque la fatiga existe para avisar del cansancio que provoca el esfuerzo y también porque no siempre es alcanzable el sueño, ella sabe que el tiempo va agotando las fuerzas, incluso de la tierra y de las alas mismas:

“La tierra se va cansando,

la rosa no huele a rosa.

La tierra se va cansando

de entibiar semillas rotas”,

(Poema “Tierra cansada”. Versos)

Poesía es pensamiento y pensamiento es palabra, por lo que la presencia quevedesca en la obra de la autora es más que evidente. Y consecuentemente con su propia valoración su palabra es precisa, sobria, sencilla y profunda, “(...) mi poesía es limpia y concisa y está escrita para todo el mundo. Por eso todo el mundo me la entiende (...)”, pues el esfuerzo de hacer una poesía despojada de ornamentos superfluos, parca en adjetivos, donde predominen el sustantivo y el verbo y que la palabra humilde sea capaz de llegar a la fibra íntima de las cosas, cargada de un contenido que deje abierta la grieta que nos haga ver la raíz, es siempre su intención.

Para Dulce María, el verbo “es la vida de la palabra”; el sustantivo, como su nombre lo indica -asegura-, es “el espacio donde esa vida se sustenta”, mientras, el adverbio “se mueve en el idioma como las agujas con que los guardabarreras van cambiando las paralelas de los trenes para hacerlos doblar, frenar o darles vía libre”; “el adjetivo es hojarasca“..., si dudas, una concepción avanzada para su tiempo acerca de la teoría del lenguaje, que trasciende a su práctica comunicativa y la hace capaz de crear la imagen que se le antoje:

Una palabra, sólo una palabra:

Y de pronto la vida se me llenó de luz.

(Poema “Una palabra”. Versos)

Ella no solo afirma que el adjetivo es hojarasca (cuando no es necesario obviamente), sino que sabe cómo usarlo y prescindir de él según el contexto en que se gesta su intención comunicativa, que es quién determina si hace falta o no. Y es que al definir las clases de palabras, la poetisa lo hace desde la riqueza que le aporta su vivencia como escritora, desde su propia genialidad para comunicar exactamente lo que quiere decir (ello sustenta la teoría del discursiva que desde finales del siglo pasado cobra cada vez más fuerza en el campo de las ciencias del lenguaje:

“Salí de ti hacia la madrugada. Sentí frío porque aún tenía en la carne el calor de tu vida.

Salí de ti. El cielo era tan grande, que tuve que cerrar los ojos... Luego empezó a dolerme la raíz de las alas”.

(Poema XCIII. Poemas sin nombre)

El adjetivo “grande” en este caso, es clave para expresar la connotación de ese cielo que los cobijó y que ahora es testigo de la ruptura, ante el cual tuvo que cerrar los ojos porque la inmensidad y la verdad comprobada turban los sentidos. Y como aguja que direcciona, el adverbio “tan”, revela la dimensión de la grandeza que le es congénita al cielo, sustantivo que representa lo vivido y lo que le sigue a la partida. Otra vez “alas y raíz” en aparente contraposición: “*Luego empezó a dolerme la raíz de las alas*”; porque las alas toman vuelo pero están ancladas a lo terrenal como parte de la espiritualidad propia del ser humano.

Por otra parte, podemos afirmar que Dulce María no traiciona el ansia de infinito, ya que esta es, ¿quién lo duda?, inherente al hombre y más bien lo reafirma en la composición XVI, a través de un diálogo -¿con su conciencia?- en el cual el nomadismo salta a la vista del lector:

“Subir por el arcoíris”, “perderse en el viento”, “quemarse en el sol”, queda solo enunciado. Se trata de una evasión (alas) en potencia cuya realización queda truncada por la omnipresencia de la tierra (raíz). No existe una connotación negativa en este vocablo recurrente. Es más bien la certeza de lo material como elemento consustancial del ser humano que le impide, eso

sí, ser todo alma, todo espíritu o todo ala, para decirlo con palabras de la poetisa. Por momentos puede ser atadura dolorosa, pero no hay un tratamiento de carácter peyorativo hacia ese término, como lo demuestra en el poema VIII, donde evidencia la defensa de lo humilde que paga con su anonimato el hecho de contribuir a formar lo que nos deslumbra:

“De tierra crece la montaña. De paciencia de tierra...”

(Poema VIII. Poemas sin nombre)

Dulce María envuelve en expresiones lentas de matiz reflexivo, lo que Whitman hace explícito en “Canto a mí mismo” y así, expresa el poeta norteamericano:

“Lo insignificante es tan grande para mí, como lo más grande”.

(Canto a mí mismo. Parte XXX)

“Creo que una hoja de hierba es tan perfecta

como la jornada sideral de las estrellas

y una hormiga, un grano de arena...

son perfectos también”.

(Canto a mí mismo. Parte XXXI)

En la composición de la hija del General Enrique Loynaz del Castillo, la eterna amante del río Almendares que corre al oeste de la capital cubana (por el que nunca abandonó la Isla), la novia en silencio y a viva luz para siempre de Pablo Álvarez de Caña, hay más que una defensa, una advertencia, pues en la cima de la montaña rodeada de cielo, también está la tierra y no podemos ignorarlo, por ello Dulce María está convencida de que:

“En cada grano de arena hay un derrumbamiento de montaña”.

(Poema XXIX. Poemas sin nombre)

En toda la obra loynaciana, puede advertirse esta especie de conflicto aproximación-evitación respecto al binomio materia-espíritu (ala-raíz), que nos

llega a través de disímiles relaciones entre objetos que asumen un valor simbólico y si bien sienta en la tierra el “peso de la materia”, acepta en última instancia esa materialidad y aunque conserva siempre nostalgia de alas, nos habla definitivamente de “vuelos imposibles” (poema XXXI). Lleva en sí esa unidad y lucha de contrarios, común a sus congéneres, aunque la percibe y la transmite de un modo especial por su condición de poeta y porque es, como ella misma afirma “criatura de isla”:

“más leve, más sutil, más sensitiva

La isla es, pues, lo menos firme, lo menos tierra de la tierra”.

(Poema CI. Poemas sin nombre)

En resumen, la obra de Dulce María es desigual y heterogénea y en ella encontramos extensas composiciones y poemas muy breves; aparece la rima asonante, la consonante, el metro libre y la poesía en prosa, pareados, romances y no falta el soneto que, como afirma la autora, reclama oficio poético y es de inclusión obligada en todo poemario; hay anecdotario humano que conmueve y reflexiones filosóficas; poemas que bien podrían ser incluidos en el Modernismo y mientras unos podrían estar en el surrealismo, otros reflejan los caracteres del existencialismo; algunos exhiben cierto descuido en su factura y otros se alzan como ejemplo de maestría en el manejo del ritmo y de la rima.

El atrevimiento de sus símiles y el manejo de la metáfora nos la acercan a la poesía actual; su verso sugerente, cargado de reticencias y a veces de profundidades insondables, la inscriben en la poesía de todos los tiempos; no es poeta de una tendencia o una moda, pero hay algo a lo que siempre se mantiene fiel y es a sí misma:

“(…) Yo dejo mi palabra en el aire, para que todos la vean, la palpen, estrujen o la expriman.

Nada hay en ella que no sea yo misma (...)”

(Poma II. Poemas sin nombre)

Casi todas sus composiciones, salvo aquellas de índole melancólica o de reflexiva delicadeza, de persuasivo tono confidencial o conversacional, tienen ese “instinto de altura”, tan caro a la poetisa, donde los motivos poéticos se amplifican, el ritmo interno o externo o ambos a la vez, se aceleran y los últimos versos estallan en la cúspide del poema, dejándonos deslumbrados, casi sin aliento por la brusca ascensión.

Es en estos casos donde el espíritu y la razón, como apuntábamos anteriormente se funden y reclaman del lector una entrega total.

El mundo poético de Dulce María Loynaz es variado y complejo, nutrido de todas las realidades y con un carácter telúrico incuestionable, no a la manera de la andina Gabriela Mistral, mujer de continente distendido, altas cumbres, mesetas desérticas, ríos de veloces corrientes y temibles volcanes; sino a la manera de su isla, donde las piedras “parece que van a salir volando”, ondulan las colinas, deslizan las aguas murmurantes y los vientos se encuentran. Poesía depurada al máximo, limpia y exacta, que pertenece no solo a la autora, sino a todos; también a la existencia y a la memoria.

A modo de conclusiones

Los ejemplos que demuestran la lucha interior de Dulce María Loynaz son innumerables en cada uno de sus libros y así, en esa dualidad perenne materia-espíritu, cielo-tierra- ala-raíz- se mueve su poesía, como también se movió su vida, llena de contradicciones y de añoranzas por lo que no pudo alcanzar nunca, a pesar de su maestría en el verso. Y es que la plenitud tiene muchas aristas y a una mujer hecha de “alas y raíz” como ella, no le basta ser portento en el verso para tenerlo todo. Ella, como todo ser humano, sufrió los avatares que provoca la certeza de que lo material y lo espiritual compiten y hasta le ganan las ideas y decisiones humanas.

Bibliografía

Loynaz, D. M., (2006): Poesía. Segunda edición. Editorial Letras Cubanas. La Habana. Cuba.

----- (1993): Canto a la Mujer. Ediciones Hermanos Loynaz. Pinar del Río. Cuba.

Witman, W. Canto a mí mismo. Disponible en:

<https://www.wattpad.com/151751710-hojas-de-hierba-walt-whitman-canto-a-m%C3%AD-mismo>.